

¿CUÁNTOS PINTER?

El que nació el 10 de octubre de 1930, en un extremo del este de Londres, en un barrio de familias obreras e inmigrantes. Hijo de un sastre judío, evacuado de su ciudad natal al estallar la Segunda Guerra Mundial.

El que regresa a los 14 años de edad con el ruido de los bombardeos acuciándolo. El que lee a Kafka y a Hemingway en la escuela. O el que rechaza realizar su servicio militar como objetor consciente.

Sí, es el mismo, el que comienza a publicar poemas bajo el nombre de Harold Pinta. El que escribió veintinueve obras de teatro, entre ellas “La fiesta de cumpleaños”, “El vigilante”, “El amante”, “La colección”; veintiún guiones, como “La amante del teniente francés”, “El mediador”, “Reunión”; el que formó parte de diversas producciones teatrales como director, así “Los exilios de James Joyce”. El dramaturgo, actor, director, poeta.

El que recibe los premios Shakespeare en Hamburgo, el Premio Europeo para la literatura en Viena, el Pirandello en Palermo; el premio David Cohen de literatura británica, el Lawrence Olivier, el Molière de honor. Aquel que en 1999 fue nombrado para la Compañía de Literatura por la Sociedad Real de Letras.

El activo defensor de los derechos humanos en tiempos del derrocamiento del presidente chileno Allende. El que condenó la intervención de la OTAN en Kosovo en 1999. Quien se pronunció por Slobodan Milosevic ante el comité internacional.

Al que le diagnosticaron cáncer de esófago cuando corría el año 2002. El que se plantó frente al foro mundial discutiendo sobre la supuesta guerra preventiva contra Iraq, cuando el Sr. Arbusto declamaba que no permitiría que las peores armas del mundo permanezcan en las manos de los peores líderes del mundo. Bien, dijo él, muy bien Sr., o quizás dijo, Mr. Arbusto, mírese al espejo, ése es usted.

El que escribe como si tocara jazz. El que crea ambientes cerrados, pocos personajes, y una velocidad de prestidigitador impuesta a las palabras. Ahí, donde cada parlamento parece romper la marcha, ahí en la fuerza aceleratriz de la gravedad; ahí, cae. Cae improvisando, confiando en el azar, sin controlar nada más que el compás de la lengua.

El que escribió El amante o Disturbios en la fábrica, y puso en duda dos pilares occidentales; el matrimonio y la mercancía. El que privó de propiedad a los nombrados por las siniestras leyes de lo arbitrario. E indagó en lo cotidiano, entre cuatro paredes, ahí, en el sexo, la naturaleza de la opresión y la tortura. Con ese tono de jazz, con esa voz del negro que no es, le pone cuerpo al color irónico de sus cuadros. Y el cuerpo es, otra vez, el lenguaje.

El que diseccionó la mezquindad del matrimonio como institución, y supo encontrar en el deseo del amante más que una salida, una confirmación al claustrofóbico espacio de lo conyugal.

Aquel que en febrero del año 2005 anuncia a una revista que decide abandonar su carrera como dramaturgo para poner toda su energía en la política.

El que recibe el Premio Nobel de Literatura. Y nos recuerda, como otros tantos, la naturaleza particular de la obra teatral, ese verbo actuado que es lectura. Y como toda lectura, generadora de identidad.

Él, Harold Pinter.

Ellos.

Todos.

Telón.

Aplausos.

ANA ARZOUMANIAN